

La imprenta, “El Quijote” e Internet

En el prólogo a su “Don Quijote” Cervantes anuncia que su libro es “todo él una invectiva contra los libros de caballerías”. Lo recuerda también en su final, cuando su protagonista los califica de “detestables” y reconoce “mi necedad y el peligro en que me pusieron haberlas leído”. El propósito de Cervantes es “deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías” y “derribar la máquina mal fundada destos caballescros libros, aborrecidos de tantos y alabados de muchos más”.

No le falta razón a Cervantes al afirmar que los libros de caballerías eran muy populares en su época (el siglo XVI), pues eran leídos por nobles, reyes y emperadores (nuestro Carlos V era muy aficionado a ellos). Así lo atestiguan también topónimos americanos como California o Patagonia, que los exploradores europeos extrajeron de novelas de caballerías. Podemos decir que la literatura de caballerías es uno de los primeros sino el primero de los géneros literarios, y que la avidez de sus lectores originó el primer boom literario.

El origen de esta explosión de literatura fantástica se encuentra en la recién inventada imprenta. Hacia 1450 Johannes Gutenberg inventó la imprenta moderna y en 1454 editó la primera Biblia impresa, la que luego será conocida como “Biblia de Gutenberg”. Gutenberg concibió su invento como una manera de hacer accesibles los libros a todos los lectores. Hasta entonces, códices y manuscritos iluminados eran propiedad de monasterios y palacios; su elaboración era lenta y cara. Con la imprenta los libros se abarataron y los tiempos de edición se acortaron.

Sin embargo, lo que inicialmente se concibió como un invento que acercaría la palabra de Dios y la sabiduría de los hombres a toda la población lectora, pronto tuvo otro uso: en 1508 se edita en Zaragoza el “Amadís de Gaula”, obra pionera del género caballescros que tendrá innumerables continuaciones e imitaciones en toda Europa durante el siglo XVI. Las novelas de caballerías narran ficciones pero las presentan como crónicas

históricas, describen geografías imaginarias y personajes irreales pero los presentan como reales. Muchos lectores, acaso inducidos por la autoridad de la letra impresa, las toman por crónicas de hechos ciertos, pues “estando impresos con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que habían de dejar imprimir tanta mentira junta”. “El Quijote” es, entre otras cosas, una genial parodia de quienes toman por ciertas estas obras.

En 1989, Timothy Berners-Lee dio a conocer las primeras versiones de HTML y del protocolo de transmisión a través de Internet de documentos escritos en ese lenguaje. Hasta entonces, Internet era poco conocida más allá de círculos militares y universitarios, y su uso se limitaba al intercambio de ficheros y de mensajes de correo electrónico desde terminales en despachos universitarios y oficinas gubernamentales. Además del nuevo formato de documentos y de su protocolo de transmisión, Berners-Lee creó el primer programa que permitía visualizar y editar documentos en HTML; lo llamó World Wide Web. Este primer navegador se operaba desde un terminal de texto (no hacía uso de elementos gráficos) y su uso era lento y complicado. Mosaic (1993) fue el primer navegador gráfico que mostraba documentos HTML y hacía accesible la red a cualquier usuario equipado con terminal que mostrase un escritorio gráfico con ventanas e iconos. Liberados de arcanas instrucciones tecleadas en la línea de comandos, bastaba un ratón para acceder a la información almacenada en servidores en cualquier parte del globo.

El propósito declarado de Berners-Lee era crear una herramienta de colaboración que permitiese compartir información (textos, datos, imágenes) de forma sencilla y rápida. Su éxito fue inmediato: universidades, centros de investigación y otras entidades gubernamentales comenzaron a publicar información en HTML y a hacerla accesible en sus servidores. Tras ellos siguieron compañías privadas, medios de comunicación y ONGs. Algunos aventuraron que una vez todos los ciudadanos tuviesen acceso a Internet a través de navegadores de uso intuitivo (Netscape, Explorer, Firefox, Chrome, etc.) y líneas de datos baratas, el

conocimiento público y la comunicación igualitaria crearían una opinión pública informada que haría posible una democracia realmente participativa.

Sin embargo, aquellos sueños no se han cumplido. Hoy Internet es la mejor herramienta para difundir bulos y conspiraciones. Y sus usuarios, en especial los más jóvenes, son presa fácil de engaños, retos absurdos, memes virales, dietas tóxicas e ideologías antidemocráticas. Y aunque Internet es hoy el principal vehículo de difusión del conocimiento y de intercambio de ideas, son la mentira interesada y la propaganda dirigidas a un público que las consume pasivamente las que dominan la red.

- ¿Es Internet la imprenta del siglo XXI?
- ¿Son las conspiraciones, los bulos y los *deep fakes* las nuevas novelas de caballerías?
- ¿Quiénes son los “cervantes” actuales que abren los ojos de quienes creen esos bulos y noticias falsas?

Luis Iraola

Comisión Olimpiada de Filosofía de Madrid